

Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático. Una discusión del caso latinoamericano

JORGE GRACIARENA *

1. Hacia la cuarta década del siglo xx, se produjo el colapso del *Establishment* oligárquico latinoamericano, que engendró una crisis de consenso y un "vacío de poder". Este proceso, que ha sido estudiado muchas veces, ocurre principalmente debido a la emergencia de nuevos grupos ascendentes generados por el proceso de industrialización que tienen una limitada participación en la cerrada estructura de poder que había prevalecido hasta ese momento. Algunos sectores en expansión de las clases medias y de la clase obrera industrial presionaron vigorosamente sin lograr más que una participación restringida en la formulación de las políticas más importantes. A este bloqueo en la participación de grupos que ya habían adquirido un considerable poder social se le sumó la movilización de grandes masas urbanas y rurales disponibles por la rápida desagregación de las sociedades arcaicas, y ambas produjeron la crisis de consenso y, también, unas fuertes reacciones políticas para la protección del *statu-quo*.

Como secuela de esta crisis, presentada esquemáticamente, aparecieron proyectos reaccionarios para restaurar la dominación oligárquica, y nuevos experimentos populistas destinados asimismo a reorganizar la estructura de poder, desde entonces en adelante con la tutela protectora o con la participación directa de los militares. De otro modo ya no era posible consolidar regímenes políticos estables. El rasgo común de estos proyectos fue un aumento considerable de la coerción política y social abierta, que se apoyó en formas más elaboradas de censura intelectual y presión psicológica frente a movimientos de contestación y a una crítica ideológica, por momentos bastante contundente. Por supuesto, a partir de entonces, el debate político legitimado disminuye, se desmoviliza y persigue

* Este trabajo expone puntos de vista que son de la exclusiva responsabilidad personal de su autor. Algunas de sus ideas fueron desarrolladas anteriormente en una ponencia presentada a la Asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales realizada en Maracaibo, Venezuela en marzo de 1974.

a las organizaciones espontáneas y autónomas de los sectores populares al mismo tiempo que, desde el Estado populista, se promueve la organización y actuación de nuevas organizaciones políticas y sociales de masas.*

Esta sociedad más represiva está centrada en una redefinición tecnocrática del Estado y de los principales mecanismos de decisión de la sociedad. Las fuerzas militares se repliegan hacia dentro con la reformulación de sus prioridades estratégicas que las convierten principalmente en fuerzas de control social interno, cuya principal función es la preservación del orden social "occidental y cristiano". Este cambio de frente las politiza aún más hasta tal punto que llegan a convertirse en un poder casi autónomo dentro del Estado tecnocrático al que contribuyen a erigir y al que sostienen resueltamente.

Las políticas del Estado tecnocrático son crecientemente autoritarias y están legitimadas con criterios técnicos y eficientistas orientados por el modelo de una modernización neocapitalista dependiente. La coalición que se encuentra en la base del Estado tecnocrático está formada por diversas fuerzas sociales, en la que tiene una participación descollante la nueva burguesía industrial asociada con el capital extranjero; participan las fuerzas armadas (o a la que éstas le dan la garantía de su "escudo protector") así como ciertos sectores de clases medias profesionales, independientes y burocráticas, y algunas organizaciones sindicales de la "aristocracia obrera".

En América Latina, el Estado tecnocrático se anticipa al desarrollo social de la modernización y tiene que coexistir con supervivencias arcaicas (principalmente rurales); además, el carácter dependiente de la modernización lo convierte, en muchos aspectos, en un remedo del modelo de Estado de la sociedad tecnocrática desarrollada. Por tanto, la introducción de un Estado tecnocrático es más un recurso político que una necesidad derivada del desarrollo y funcionamiento de sociedades que todavía no son sociedades de masas. El modelo de la sociedad capitalista en América Latina se encuentra distorsionado tanto por su falta de desarrollo estructural y de crecimiento económico como por su condición periférica, subdesarrollada y dependiente de los países centrales, en aspectos tan fundamentales como la expansión industrial (cuyo dinamismo es derivado y está condicionado por las grandes corporaciones multinacionales, la tecnología y la inversión foránea, el control de los mercados externos y el abastecimiento de insumos esenciales).

El Estado tecnocrático que se forma bajo estas condiciones se ve obligado a hacer compatibles y a hacer convivir maquinarias administrativas modernas, organizadas tecnocráticamente, con burocracias tradicionales y decadentes que arrastran sus típicos vicios de corrupción, rutinización,

* Este es obviamente un cuadro esquemático en el que no encajan bien muchas situaciones nacionales. El caso de Cuba está fuera del análisis porque sus peculiaridades son demasiadas y divergen considerablemente de la problemática aquí tratada.

ineficiencia y falta de innovación. En los casos extremos, de menor grado de desarrollo de la sociedad, el Estado tecnocrático es poco más que un proyecto y una superposición (algo postizo) que, con su presencia, promueve la formación de una gran variedad de anticuerpos que protegen al organismo social neutralizando su acción. Esto cuando no es él mismo el que crea nuevas formas de corrupción, de nuevo estilo y de nivel más alto.

La pregunta que surge tras estas reflexiones es ¿cómo se autojustifica y cuáles son las fuentes de legitimación de este nuevo estilo de dominación tecnocrática? ¿En nombre de qué derechos se toman las decisiones? ¿Qué valor común existe entre este gobierno y la sociedad? ¿qué cosa justifica la imposición de las decisiones sin discusión posible?

De la misma manera que antes se invocaba la tradición o la “voluntad divina”, ahora se declara que las alternativas políticas no son otra cosa que “opciones técnicas” sobre las que nadie puede tomar una decisión mejor fundada que los “expertos o especialistas” puesto que ellos —y sólo ellos— disponen de los conocimientos científicos y técnicos más avanzados, necesarios para poder tomar una decisión “correcta”.

Por tanto, el conocimiento científico y técnico es un factor estratégico esencial para el funcionamiento de un Estado tecnocrático. En este nuevo contexto, la universidad pasa a tener una posición descollante ya que es una de las fuentes generadoras y la principal transmisora del conocimiento técnico-científico mediante la formación de profesionales que serán los principales candidatos para ocupar las posiciones tecnocráticas. Para ganar este reconocimiento y alcanzar esta posición estratégica, la universidad también debe tecnocratizarse, porque no todos los tipos de conocimiento y de profesionales que puede producir serían aptos como “expertos” para el régimen tecnocrático. Esta reconversión de la universidad tiene una serie de consecuencias sobre la vida intelectual que trataremos más adelante.

Por más que la ciencia y la técnica sean las fuentes principales de legitimación de las decisiones del Estado tecnocrático, ellas tampoco bastan, como tampoco es suficiente la universidad para “santificar” la nueva dominación que, en su otro pie, se apoya ostensiblemente en el uso de la represión frente al disenso intelectual, así como en recursos para desmovilizar políticamente a las masas cuando no existen posibilidades de una legitimación electoral. El “silencio político” se impone, entonces, como un requisito necesario para el funcionamiento del Estado tecnocrático.

2. En las condiciones que prevalecen actualmente en América Latina, las universidades están siendo forzadas a replegarse sobre dos funciones esenciales para la continuidad del Estado tecnocrático y de su modelo de modernización dependiente. La primera es la de entrenar “recursos humanos de alto nivel” para formar una capa profesional orientada tecnocráticamente por criterios de apoliticismo, profesionalismo, especiali-

zación y eficiencia. La segunda es la de producir conocimientos científicos y técnicos determinados por las necesidades del estilo dominante de desarrollo. Para lograr esto, las universidades son institucionalmente re-estructuradas sobre bases jerárquicas y autoritarias, suprimiéndose tajantemente el análisis crítico de la realidad y el examen de los problemas controvertibles que involucran alternativas ideológicas diversas de las oficialmente sancionadas. La imagen que predomina es la de la universidad convertida en una "industria del conocimiento"; esto es, en una empresa productora, a la que no cabe otra cosa que darle una organización burocrática bien controlada y guiada por criterios de eficiencia formal, basados principalmente en la adecuación de su "output" de profesionales a las exigencias del mercado para las posiciones tecnocráticas que están destinados a ocupar.

Este modelo tecnocrático de universidad no es fácil de poner en práctica y menos aún se le puede hacer funcionar bien cuando se trata de sociedades que experimentan fuertes tensiones internas y se encuentran dominadas por la controversia política, como ocurre en la mayoría de los países latinoamericanos. Pero hay algo más que resiste al proyecto tecnocrático y que ya no depende de la coyuntura política ni de los conflictos sociales y las contradicciones estructurales no resueltos. La alusión se refiere tanto a la universidad misma como al individuo. La idea de una universidad tecnocrática me parece una "contradicción en los términos" porque, en este último caso, el individuo como "hombre de conocimiento", no puede ser reducido a la condición de mero especialista, sin que eso engendre fuertes resistencias (por lo menos, en las generaciones jóvenes cuando se encuentran políticamente activadas).

El problema central consiste en la dificultad de conciliar la contradicción entre los aspectos intelectuales de la universidad y los requerimientos del Estado tecnocrático, que —como ya se dijo— son los de producción de conocimientos prácticos, "capital humano" y conformidad intelectual. Cuando las tensiones provocadas por esta contradicción llegan al máximo, por lo general, las universidades han sido sometidas por la fuerza, cuando no han sido militarizadas directamente para imponerles la "perspectiva tecnocrática".

El conflicto es aún más profundo que lo que se percibe en la superficie, y deriva de necesidades esenciales de la universidad que, en cuanto centro intelectual, debe ser un ambiente de discusión libre y examen abierto de los grandes problemas nacionales. En una sociedad subdesarrollada y en proceso de modernización acelerada, un Estado tecnocrático difícilmente se aviene, a corto plazo con un debate político pluralista y con una universidad de oposición, en la que frecuentemente grandes mayorías de sus principales estamentos de estudiantes y personal académico adoptan posiciones de crítica cuando no de confrontación política contra las demandas y orientaciones tecnocráticas del Estado. La universidad, no hay que olvidarlo, es o debe ser un centro intelectual de generación y

discusión de conocimientos y valores sociales, en que el debate libre es un componente fundamental del proceso pedagógico y de la formación de la personalidad intelectual y moral de los universitarios, como lo es también para la investigación científica, original y creadora.

La materia de que se ocupa la universidad no es solamente la de los problemas del presente sino también la de los futuros. Una sociedad necesita preservar la existencia de focos intelectuales que se preocupen por todos los aspectos significativos de la vida humana y de la organización de la sociedad. Estos focos deben disponer de la máxima libertad de crítica, y la participación —en ellos— debe ser amplia y no regulada.

El espíritu de crítica y libre examen, constituye la única garantía de superación de las crisis que derivan del agotamiento de un sistema social. La posibilidad de que emerjan nuevas fórmulas políticas, innovaciones sociales y económicas, de que se consagre un flujo continuo y original de nuevas ideas científicas y técnicas, así como un sentido renovado de la vida humana, tiene su punto de partida en la crítica de la situación objetiva y de las ideas periclitadas, de los intereses creados y de la explotación social. Una parte de esta crítica debe hacerse en la universidad, con seriedad y responsabilidad; pero, para eso, se necesita el fuego vivificador de la libertad intelectual.

Volvamos rápidamente a algunas cuestiones fundamentales. ¿Cuál debe ser —en el seno de la universidad— la relación entre el conocimiento orientado hacia fines utilitarios y eficientistas, (o sea tecnocráticos), y el conocimiento que tiene por meta el desarrollo de la racionalidad sustantiva, (o sea que es validado socialmente por su contribución al desarrollo de la personalidad humana y de la justicia social)? ¿Debe ser misión exclusiva de la universidad la de formar “expertos” capaces de conocer en profundidad temas microscópicos, o debe también prestar atención a la formación de “intelectuales” aptos para estudiar los problemas controvertibles del presente y las perspectivas del porvenir, (capaces tanto de analizar situaciones concretas como de incursionar en el terreno de las utopías y los modelos futuros de la sociedad; capaces de ser científicos al mismo tiempo que ideólogos)? En otras palabras, ¿cuál es la relación recíproca entre los intelectuales y la universidad? ¿Debe ésta excluirlos como pretende el modelo tecnocrático o, al contrario, debe producirlos y acogerlos para que conviertan a la universidad en una fuente perenne de renovación cultural?

Este debate está concentrado en dos puntos, entre los tipos de conocimiento social, por un lado, y entre el experto y el intelectual como paradigmas académicos, por el otro. A su análisis y crítica se dedicarán las páginas siguientes.

3. Recién hacia la mitad del siglo XIX las ciencias sociales adquirieron todas las características de cuerpos de conocimiento que han cortado definitivamente su cordón umbilical con la teología, desprendiéndose —de

esta manera— de una cosmovisión que fue decisiva en sus desarrollos anteriores en que todo conocimiento sobre el hombre y el mundo estaba relacionado con el cielo y la tierra. La secularización del conocimiento fue, así, el prerrequisito fundamental para la constitución del pensamiento social como ciencia concreta.

En este proceso formativo, hay algunos aspectos que conviene tener presente. Los fundadores de las ciencias sociales fueron, sin excepción, científicos que procuraban un conocimiento objetivo y lógicamente riguroso de la realidad social, e ideólogos que pensaban y actuaban en una etapa histórica y dentro de una cultura determinada, al mismo tiempo que pertenecían y representaban a grupos y sectores de clases sociales (que declinaban o surgían, hegemónicas o sometidas) cuyos intereses e ideales interpretaron y promovieron vigorosamente como intelectuales.

Por eso hubo una fusión originaria entre teoría social, doctrina e ideología, en la cual el conocimiento aparecía inseparablemente vinculado a (y en gran medida dependiente de) formulaciones de política y programas de acción. En verdad y desde la doctrina de la “mano invisible” de Adam Smith hasta Marx y Engels pasando por Bentham, Saint Simon, Comte y John Stuart Mill, nos encontramos con un pensamiento social en que, más aún, aparecen estrechamente relacionadas: teoría social y ética secular; pensamiento científico e ideología, disposición para comprender el mundo del hombre y la sociedad y modelos intelectuales para transformarlo y mejorarlo; realidad concreta y utopía. Todos estos pensadores elaboraron sus sistemas de pensamiento como una contribución al conocimiento de la sociedad —es cierto— pero, al mismo tiempo, también pensaron como reformadores sociales o revolucionarios preocupados por el progreso humano y la justicia social. Muchos también eran evolucionistas pues estaban convencidos de que el horizonte humano se ampliaba mediante un progreso continuo, y eran consiguientemente optimistas (quizás con excepción de John Stuart Mill). Por eso, (por su condición de moralistas que partían de supuestos básicos positivos acerca de la naturaleza humana), no es de ninguna manera un azar que hayan sido, simultáneamente, los fundadores de las ciencias sociales y los formuladores de las principales ideologías políticas, realmente universales, que aún ahora dominan el escenario del debate ideológico.

Una observación adicional, que no carece de importancia, es la de que la economía política (que era la ciencia social fundamental) compartió con las ciencias sociales que se constituyeron posteriormente algunos significativos rasgos comunes. Uno de ellos se encuentra en el hecho de que cada una de las ciencias sociales se esforzaba por comprender y explicar *todo* el universo del hombre y la sociedad, aunque lo hicieran desde una perspectiva particular y destacando aspectos diferentes como si poseyeran propiedades esenciales con respecto al conjunto de la sociedad. De cualquier manera, se constituyeron como cuerpos de conocimiento ampliamente comprensivos que involucraban desde una concepción de la

naturaleza humana y la sociedad hasta una discusión muy precisa de un arsenal de nuevos conceptos y modelos teóricos. Tampoco fue ajena a la preocupación de sus fundadores, la crítica rigurosa de la situación histórica y la de los modelos de pensamiento precedentes así como la de los obstáculos que, a su juicio, impedían el logro de los elevados objetivos humanos y sociales que reconocían como metas.

La crítica fue siempre su punto de partida, y quizá no sea ocioso recordar —al respecto— que en la economía política tal y como los fisiócratas escribieron contra los mercantilistas que los habían precedido, Adam Smith lo hizo contra ambos, y que Marx escribió contra el liberalismo económico y la “mano invisible” del mercado que era doctrina fundamental de este último. Todos los grandes sociólogos posteriores a Marx escribieron “luchando con su fantasma”, como dice Zeitlin. De manera que no se exagera si se afirma que el pensamiento crítico ha sido fundamental en el desarrollo del pensamiento social en su etapa de formación científica.

Es cierto que los fundadores creían en el conocimiento, pero no le atribuían un valor “*per se*”; lo concebían, más bien, como un recurso para obtener la redención humana y la justicia social en el mundo. De este modo, conocimiento y moral, investigación científica y crítica social estaban indisolublemente unidos en aras de una empresa que era concebida de tal manera que trascendía mucho el puro interés cognitivo.

Los fundadores no pensaron ni como eruditos o como sabios, (aunque fueran ambas cosas) ni tampoco como especialistas o expertos. Lo hicieron como hombres totales con su cabeza y su corazón, como verdaderos *intelectuales* en el sentido más estricto que se le puede dar al término (eso es, como personas preocupadas por el destino humano). No interesa que lo asumieran desde perspectivas muy diferentes y reflejando muy diversos intereses sociales y circunstancias históricas, como tampoco interesan los resultados de sus doctrinas ni el juicio que ahora se tenga de ellas. *Lo que queremos subrayar aquí es que, para ellos, el conocimiento era también conciencia social y responsabilidad moral.*

Hacia fines del siglo pasado, comienza un proceso que ha continuado hasta ahora y que transformó profundamente el sentido original de las ciencias sociales. Me refiero a aquel por el que éstas fueron incorporadas a la universidad y se convirtieron en dos cosas vinculadas: en *disciplinas académicas*, por un lado; en *profesiones* liberales o burocráticas, por el otro. Para poder explorar someramente este proceso es necesario tener presente que las ciencias sociales originarias surgieron fuera de las universidades, y que fueron pocos entre sus fundadores quienes tuvieron alguna relación con la docencia superior.

En su mayor parte, las ciencias sociales comenzaron por ser cuerpos de conocimiento que dieron material para el debate intelectual y político de la época. De ahí su fuerte sentido polémico inicial. Y sus practicantes fueron principalmente intelectuales, políticos y hombres de negocios.

Los grandes científicos sociales que comenzaron a producir en las últimas décadas del siglo XIX y que continúan trabajando en el presente, son ya, sin excepción, universitarios, y cada uno de ellos está interesado —y así lo profesa— en un cambio de preocupaciones intelectuales y sociales bastante más limitado que sus predecesores. Ya son pocos los que, —como Pareto, Max Weber y Parsons—, intentan construir vastos sistemas intelectuales que incluyan los principales aspectos de la vida social. Aún así, estos sistemas no llegan a tener la inclusividad y el carácter comprensivo de los diseñados por Comte, Marx o Spencer ni, menos aún, sus manifiestas connotaciones ideológicas. El hecho más importante es que, desde entonces, la gran mayoría de los científicos sociales académicos trabajan en campos especializados, bien especificados y delimitados.

Una derivación secundaria que tiene la conversión de las ciencias sociales en disciplinas académicas es su tendencia a especializarse y dividirse continuamente. Esto es, en un sentido, consecuencia de su incorporación a los 'curricula' de las carreras académicas, la cual produce una segmentación que es a menudo arbitraria y está guiada por razones no intelectuales, principalmente burocráticas o pedagógicas. Proliferan así las disciplinas especiales que se tratan de convertir en ciencias autónomas, y que tienen éxito en algunos casos pues primero ganan el reconocimiento de las instancias académicas y, después, el del público. En otro sentido, se nota una tendencia de las ciencias sociales tradicionales a segregarse y apartarse unas de otras, la cual se manifiesta principalmente en la incomunicación que se produce entre ellas. Pasan a ser algo semejante a compartimentos estancos, con un vocabulario particular, generalmente hermético (no público, lo más diferente posible del lenguaje común y del de las otras ciencias sociales), y con un territorio intelectual particular, que se define como objeto propio y cuyos límites se intentan trazar meticulosamente para evitar la intrusión de las otras ciencias sociales.

La emergencia de las disciplinas a partir de las ciencias sociales clásicas es la consecuencia de un proceso de raíces muy diferentes al que dio lugar a éstas. En rigor, las ciencias sociales fueron el resultado de la sedimentación de tradiciones y desarrollos intelectuales muy antiguos, que tienen troncos comunes, pero que siguieron vías separadas. Las disciplinas se formaron de otra manera. En realidad fueron la consecuencia de varios procesos, algunos ya indicados, y corresponden a la etapa de la institucionalización de las ciencias sociales, que se realiza en condiciones que implicaron presiones diversas y compromisos con requerimientos burocráticos, de *curricula*, personales y sociales.

Es claro que no fue sólo la incorporación académica de las ciencias sociales lo que produjo esta diáspora que ahora las divide y que parcializa sus objetos de conocimiento. Sin duda, tanto o más importante que todo esto han sido ciertos desarrollos históricos y sociales que requerían un nuevo tipo de ciencia y de conocimiento social más adecuado a la

nueva etapa en que entró la sociedad capitalista industrial europea hacia fines del siglo pasado.

En su fase de formación originaria, la sociedad capitalista industrial necesitaba de un conocimiento social que fuera al mismo tiempo ética social y cosmovisión capaz de cimentar valorativa y consensualmente el modelo social que se estaba instaurando. Precisaba de una ideología que tuviera bases científicas, (es decir, que fuera legitimada por un conocimiento socialmente “verdadero”). Aun las contra-ideologías (o “ideologías de contestación”), como el marxismo, tuvieron la función positiva de precisar ese modelo, aunque lo combatieran. En este sentido, *El Capital* ha sido una de las exposiciones más completas de la lógica y la organización del modelo capitalista, aunque —al mismo tiempo— fuera su crítica más demoledora.

Una vez que se produjo la consolidación del capitalismo industrial como sistema social que se expandió rápidamente a lo largo del planeta, ya no se necesitó más de las teorizaciones generales ni de los ideólogos originales y, todavía menos, de los debates sobre la ética y la justicia social del industrialismo capitalista. En esta nueva fase, fue necesario un conocimiento de carácter más instrumental, apto para reforzar y asegurar la continuidad de la cultura del capitalismo legitimando sus valores fundamentales. La cultura capitalista es una cultura utilitaria y pragmática que pone énfasis en la racionalidad formal y la eficacia productiva. Este tipo de cultura requiere una ciencia que genera tecnologías diversas para servir aquellos objetivos. Una cierta proporción de ellas está formada por tecnologías más directamente vinculadas a la producción económica, en la medida que sean útiles para asegurar el funcionamiento pacífico y la continuidad del orden social capitalista.

4. La discusión epistemológica sobre la especificidad o diversidad del conocimiento científico y sobre los criterios de verdad para validar el conocimiento social, como bien se sabe es ya bastante antigua. También lo es la polémica sobre la “neutralidad valorativa” y la objetividad en ciencias sociales que, en un extremo, algunos positivistas postulan casi como una “verdad de fe” y a la que, en el otro, no faltan quienes le opongan una pluralidad de formas de conocimiento social y de métodos para su validación, quienes también amplían la noción de lo empírico más allá de los “hechos sociales” incluyendo la “praxis” como una forma de experiencia social científicamente significativa. No falta tampoco quienes, deliberadamente, confunden ideología con ciencia. Mientras que aquéllos ven a los científicos sociales separados y autónomos respecto de sus objetos de estudio, estos últimos adoptan una posición epistemológica distinta, que afirma la inmersión y el compromiso del cientista social en la realidad que estudia, (es decir, la casi identidad sujeto-objeto, que somete al conocimiento social a una serie de condicionamientos, ni objetivos ni racionales, que van desde la peculiar biografía del actor-inves-

tigador y sus sentimientos hasta su ideología y clase social pasando por la coyuntura histórica y el tipo de cultura prevaleciente).

Aunque este problema epistemológico se encuentra lejos de estar resuelto y permanecerá abierto a la discusión por mucho tiempo, en el ámbito académico de las ciencias sociales de los países capitalistas avanzados, el triunfo práctico parece haber correspondido —categóricamente— a la posición positivista y empirista, que domina hasta ahora en el terreno de la investigación social en lo que se refiere al predominio de las metodologías cuantitativas y experimentalistas así como condiciona las teorías a las exigencias de la investigación empírica. Como ilustración, basta mencionar el auge del neoclasicismo en economía, del conductismo en psicología social, del funcionalismo y de las teorías de “alcance medio” en sociología, del análisis de sistemas y de la cibernética social en ciencia política, sin aludir —por cierto— a la gran proliferación de estudios meramente descriptivos.

La profesionalización de los científicos sociales y su dependencia personal de instituciones y fuentes de recursos y poder de la sociedad han reforzado esta posición epistemológica hasta el punto de haberla convertido en una posición de la ciencia y del conocimiento científico que se pretende colocar fuera de la controversia intelectual porque no se admite la existencia de otra forma de concebirla. Se trata de la “Ciencia Universal” que no estaría culturalmente condicionada. En muchas universidades, se les están enseñando a los estudiantes los paradigmas teóricos del positivismo en condiciones tales que es frecuente que se declare que “no es científico” cualquier otro estilo de trabajo que no comparta el compromiso prevaleciente con este modelo intelectual. Además, el progreso de las carreras profesionales depende, en gran parte, de la adhesión a estos modelos científicos establecidos, dado que las profesiones académicas funcionan como clientelas constituidas en torno de ellas.

No es éste el momento de evaluar un debate sobre el que —como todo el mundo— hemos asumido una posición. Es evidente que en ciencias sociales no se puede trabajar sin tener un juicio formado sobre esta posición epistemológica fundamental. En mi caso, creo poco en la objetividad y neutralidad de las ciencias sociales y menos aún en la de los científicos sociales. La ciencia social no es, de manera alguna equivalente a ideología política, pero eso ni significa que aquella no esté influida por los valores y que no sea una construcción cultural, ni tampoco que sea ajena a los intereses sociales y la psicología de los agentes humanos que la producen y transmiten.

Aunque pretendo mantenerme al margen del problema lógico de la verdad científica, me parece inevitable recordar que la ciencia —en general— es un producto histórico y cultural y que, las ciencias sociales, lo son todavía más; que éstas se encuentran estrechamente ligadas al momento histórico, al tipo de sociedad en que surgen, a sus grupos y sectores de clase social así como a los conflictos fundamentales que exis-

ten en su seno. Mi punto de vista es que la ciencia social no es una objetivación concreta, totalmente autónoma y distinta de los científicos sociales que la encarnan y producen, (que es lo que pretende la posición positivista). Reconozco que la ciencia social logra un cierto grado de objetividad pues de otra manera no existiría fuera de la conciencia de sus portadores; pero, esta objetividad no es de tal magnitud que justifique postular la neutralidad valorativa de la ciencia al mismo tiempo que se admite la "contaminación" valorativa e ideológica de los científicos sociales, suponiéndose la existencia de una completa desvinculación entre éstos y aquélla.

5. La presente coyuntura histórica de América Latina y la toma de conciencia que sigue a la Revolución cubana y a otros episodios políticos, la condición política y culturalmente dependiente de los países de la región, se convierten, para muchos, en una "verdad de hecho", que es reforzada por episodios tales como la penetración masiva y dominante de las corporaciones multinacionales (cuyas filiales y empresas asociadas pasan a controlar una parte sustancial de los sectores productivos más dinámicos que operan en el mercado interno y la exportación de manufacturados, y que en asociación con la gran burguesía nacional logran ejercer una influencia considerable sobre las políticas del Estado). Es en relación a estos desarrollos históricos como comienzan las tentativas de tecnocratización del Estado y el aparato político, de la universidad y la educación.

La época que sigue a estos desarrollos es una época militante, que les plantea a los universitarios, perentoriamente, la necesidad de un compromiso del que anteriormente se habían mantenido apartados, en cuanto muchos consideraban los problemas controvertibles como "no científicos" y pertenecientes a la arena política. Una ciencia social que prescribe un conocimiento aséptico y neutral, que se legitima a sí mismo y que es promovida por las instituciones académicas y gubernativas del país hegemónico en la región, no podía ser por mucho tiempo el paradigma científico de una comunidad de universitarios fuertemente sensibilizada ante los diversos y angustiosos problemas políticos, económicos y sociales de sus países en particular y de la región en su conjunto.

En esta situación histórica se produce la confrontación que actualmente recorre a las ciencias sociales en América Latina y que tiene su origen en la recepción masiva de las ciencias sociales, positivas y pragmáticas, conforme al modelo dominante en las instituciones académicas de los países centrales (pero, especialmente, de Estados Unidos de América).

La recepción implicó una actitud de imitación y casi de deslumbramiento frente a las ciencias sociales académicas, del funcionalismo y del neoclasicismo, de las metodologías empiristas y cuantitativas, de las demostraciones algebraicas y de los modelos matemáticos, que hasta ahora constituyen el 'desideratum' de los patrones científicos vigente en aque-

llos centros. Este proceso de dependencia cultural, en buena medida financiado y estimulado desde el exterior, trajo aparejada una reacción crítica que emergió sobre todo en los años 60 y en la que los protagonistas principales fueron las nuevas generaciones de científicos sociales. Este cuestionamiento, se concentró y se concentra todavía en la teoría y la metodología, aunque también en la temática y los "curricula" académicos, y no deja de tener visibles (y a menudo confesadas) connotaciones ideológicas.

El primer movimiento de resistencia se produjo principalmente en las universidades y entre sus miembros más jóvenes. A este primer contingente pronto se agregó la conversión de una parte considerable del grupo que anteriormente se había adherido a las corrientes positivistas y funcionalistas.

Algunos de los ataques más duros contra esta posición científica positivista (o "cientificista", según algunos) vienen de fuera de la comunidad académica, de círculos intelectuales y políticos, y se apoyan en los más diversos presupuestos valorativos, tomas de posición ideológicas y perspectivas intelectuales. Sin embargo, las descargas más pesadas se producen del lado de diversas expresiones y variantes del marxismo.

Hoy día es un hecho evidente que el marxismo es la fuente teórica predominante en las nuevas generaciones de científicos sociales latinoamericanos. El marxismo al que me refiero aquí engloba una gran variedad de tendencias, de ortodoxias y heterodoxias de diverso grado: al "joven" y al "viejo" Marx, a neomarxismos diferentes que reconocen como mentores a Althusser y a Poulantzas, a Marcuse y la Escuela de Frankfurt o a C. Wright Mills, (para no citar sino unos pocos de los más importantes renovadores contemporáneos de la teoría marxista).

Los factores que han provocado este deslizamiento masivo hacia el marxismo, que es reciente y que ha producido no pocas conversiones fervorosas, son bastante diversos, y un rastreo completo exigiría un estudio especial. Vale la pena mencionar unos pocos de ellos: en primer lugar, la naturaleza del marxismo como ciencia crítica y unificadora, por un lado, y sus contenidos utopistas, por el otro; en segundo, la postulación de la praxis como un criterio de validación del conocimiento orientado por la acción; finalmente, el hecho de que el marxismo crítico valora los intelectuales comprometidos y legitima su doble condición de intelectuales y políticos.

6. Estas nuevas tendencias predominantes en las ciencias sociales no podían sino conducir a una crítica acerba y total de la sociedad tecnocrática. De hecho, todos los fundamentos en que se apoya la concepción tecnocrática son cuestionados por los intelectuales y universitarios afiliados a ellas: van desde el modelo empírico de la sociedad de consumo basado en la expansión ilimitada de la producción orientada por la pretendida "preferencia del consumidor" hasta la concepción de una cien-

cia social desgranada en una variedad de disciplinas especializadas y supuestamente capaces de dar respuestas técnicas incontrovertibles a problemas políticos.

En el terreno de la ciencia social, les parece aún menos aceptable la idea de que no es científica la crítica de la situación social, de que la ciencia es ajena a los problemas de la ética o de la justicia social y de que, por eso, le está vedado proponer estrategias alternativas que involucren modelos de sociedad distintos de aquel que se encuentra oficialmente sancionado por el Estado con el apoyo o la aquiescencia de los grupos de la coalición hegemónica, y de los expertos con vocación tecnocrática.

Estas controversias sobre las posibilidades y la conveniencia de que las ciencias sociales sirvan para fundamentar las decisiones de un Estado tecnocrático han entrado vigorosamente a las universidades latinoamericanas y se las encuentra en todos los debates generales (desde los que se refieren a su reorganización institucional y a la reforma de los 'currícula' de estudios hasta las concepciones sobre cuáles deben ser las relaciones de la universidad con el Estado y con las empresas). Por supuesto, también están involucrados en ellas los temas de la producción de conocimiento y tecnología y el lugar de la formación intelectual e ideológica en el entrenamiento de los recursos humanos de alto nivel. Desde ahora, nada escapa a la discusión valorativa e ideológica.

En los países centrales, la crítica ideológica se dirige principalmente contra la sociedad de consumo, la alimentación planeada y deliberada de las masas y, en general, la explotación y el condicionamiento que hace de los individuos un poco más que máquinas consumidoras en una sociedad cuyo frenesí consumista es el baluarte del dinamismo del crecimiento económico. En la "sociedad opulenta" el contraste tan chocante entre el consumo desenfrenado de una parte de la población y los bolsones de miseria formados por las minorías raciales, los trabajadores migratorios extranjeros y los ancianos, han producido un impacto tan fuerte que ha socavado la confianza de las nuevas generaciones en la capacidad de las sociedades capitalistas avanzadas para distribuir los goces y el bienestar que hacen posible sus altos niveles de productividad e ingreso. Otra fuente adicional de crítica —aunque no muy generalizada—, ha sido la convicción (fundada o no, poco interesa ahora) de que las diferencias abismales entre sus niveles de vida y los de los países subdesarrollados más pobres son la consecuencia —al menos parcial— de la dependencia económica y política a que estos últimos se encuentran sometidos.

La crítica contra las ciencias sociales académicas se funda en la creencia generalizada de que se han convertido en un medio de control social que protege a la sociedad de consumo por medio de la institucionalización de los conflictos y la reducción de las tensiones sociales, así como por la promoción de los que se consideran cambios sociales deseables o por el bloqueo de los *no* deseables (según sean o no compatibles con la continuidad del sistema de dominación imperante). En definitiva, lo

que se cuestiona es que las ciencias sociales se hayan convertido en un instrumento práctico al servicio del *statu-quo* y contra esa responsabilidad de los científicos sociales, asumida a menudo explícitamente se levanta la crítica radical de la nueva izquierda (de los que representan minorías sumergidas en la pobreza y son vejados por la discriminación social, así como de los de las nuevas generaciones de “opulentos” ahitos ya con los “gadgets” de la sociedad de consumo). El mundo que atacan parece estar bien consolidado; pero, acaso no lo esté tanto, y sea —en cambio— decadente en la medida que ha perdido la capacidad de entusiasmar a las nuevas generaciones de sus propios usufructuarios. En las sociedades de alta industrialización, la crisis es principalmente moral; por eso, el cuestionamiento a las ciencias sociales es más ético que ideológico.

En los países capitalistas dependientes de América Latina el debate entre las diversas concepciones de las ciencias sociales se presenta con características bien diferentes en algunos aspectos. Sin embargo, hay un territorio común que tiene su origen en la utilización de la ciencia social como un recurso de control social. En un informe reciente de la Alianza para el Progreso sobre un país de la región se lee que

“los proyectos que recomendó la misión... tienen por objeto... neutralizar la amenaza constante a la estabilidad social y política provocada por la presencia de una masa inquieta de trabajadores desocupados y desilusionados que se transforman en un foco de intranquilidad social” (subrayado agregado).

Desde luego, las misiones a las que se alude en el informe estaban integradas por expertos en disciplinas sociales de diverso tipo, que en nombre de las ciencias sociales prepararon las recomendaciones que se acaban de destacar. Como se puede apreciar, el valor sobreentendido es la preservación de la “estabilidad social y política” a cuyo servicio se ponen los conocimientos científicos y técnicos de los expertos.

Se podrían citar, sin esfuerzo, muchos otros informes semejantes donde se advierte que la preocupación dominante en las ciencias sociales aplicadas consiste en la determinación de cuáles son las transformaciones sociales requeridas por la modernización de la sociedad que resultan compatibles con la continuidad del orden social vigente y la preservación de su dominación política.

La diferencia fundamental entre ambos tipos de crítica a las ciencias sociales académicas, en los países centrales y en los periféricos se encuentra en otro aspecto que tiene que ver con la coyuntura histórica y los grados respectivos de crecimiento económico y desarrollo social. Las sociedades industriales (o “postindustriales”), están ya “hechas”; sus configuraciones estructurales fueron constituidas y están consolidadas desde hace tiempo (“anquilosadas” al decir de algunos), y no puede ignorarse el hecho de su pujanza productiva, sus altos niveles de consumo global y su gran capacidad para renovar e incrementar la productividad

del capital mediante un flujo continuo y creciente de innovaciones prácticas, que a su vez derivan de la generación incesante de nuevos conocimientos científicos. En el mundo subdesarrollado, en cambio, sus sociedades no están "hechas" (o al menos no lo están *tanto*); el "*nation-building*" no ha concluido; muchas presentan distorsiones estructurales y conservan fuertes supervivencias tradicionales, en un proceso de modernización dependiente que enfrenta formas arcaicas de poder, actitudes inadecuadas para los requerimientos del progreso, relaciones internacionales de subordinación a los países hegemónicos, y todo esto acompañado de un crecimiento de la población que no tiene precedentes en la historia. En América Latina no se han alcanzado formas de dominación estable, y las que hay se caracterizan por su debilidad congénita y una falta de consenso que las obliga a una continua reorganización de las políticas y funciones del Estado, y a paliativos que no evitan la generación de un "vacío de poder" que, cuando se produce, es llenado mediante la "presencia militar" y un aumento considerable de la coerción represiva.

Aunque la analogía sea gruesa y sean muchas las diferencias importantes, el carácter de sociedades capitalistas industriales "*in statu nascendi*" se puede invocar como un rasgo común, tanto del ambiente social de los "padres fundadores" de las ciencias sociales de la Europa de mediados del siglo XIX como de los científicos sociales latinoamericanos desde la última postguerra. Y es precisamente ese carácter de emergencia, de proceso de formación de la nueva sociedad (una especie de "frontera" intelectual) lo que estimula el desarrollo del pensamiento crítico y de la utopía, como una forma de anticiparse al futuro, para determinar si fuera posible. El conocimiento adquiere en estas condiciones, un carácter profético. Después será la praxis política la que tratará de conseguir el pleno cumplimiento de la profecía. Así, el conocimiento social vuelve a estar cercanamente vinculado a los horizontes políticos.

7. Si se admite que hay al menos dos concepciones fundamentales y opuestas del conocimiento social habrá que admitir también que, en el fondo de la controversia que las opone, subyacen al menos dos modelos de "hombre de conocimiento" y que —como ellas— responden a diversos órdenes de exigencias sociales. Una transición parecida a la que ha tenido lugar con la tecnocratización de las ciencias sociales, y con la emergencia de contra-tendencias críticas que reivindican su autonomía, se refleja en la posición ambigua del conocimiento social en las sociedades tecnocráticas. Esta ambigüedad también se puede encontrar en los modelos humanos del "intelectual" y del "experto".

Comencemos recordando, ante todo, que en este examen se encuentran involucrados varios problemas relativos a la sociedad tecnocrática que aquí no serán tratados *in extenso*, y que son, por ejemplo: la concepción del poder como asunto técnico; la estabilidad, el orden y la disciplina social como supuestos indiscutibles y requisitos del sistema social; la

negación de la crítica social y política como una función útil y su sustitución por la evaluación como criterio tecnocrático para reajustar los procesos en curso sin modificar los objetivos generales; la ambigüedad de la idea de cambio concebida como mero crecimiento económico y, también, como transformación estructural y desarrollo social, que hace crisis cuando se descubre que en ciertas circunstancias puede conducir a la destrucción del orden social vigente; la especialización burocrática del conocimiento y la utilización en gran escala de estrategias instrumentales de racionalidad y planeamiento de metas decididas tecnocráticamente. En última instancia, el problema central de una tecnocracia en un país subdesarrollado es el crecimiento económico y la implementación de una fórmula de modernización en condiciones de estabilidad y continuidad del orden social, pero no la transformación estructural del sistema de dominación.

Para esta función se necesitan *expertos* ("especialistas") pero no *intelectuales* (que son "constructores o destructores" de sistemas sociales, y cuya función principal es la de ser "problematizadores").

Los modelos que se contraponen aquí son esquemáticamente los del "experto" y del "intelectual". El *experto* es el modelo típico de la tecnocracia y es tanto un especialista que conoce a fondo una disciplina y un tema concreto como un "hombre-organización" que se adapta y funciona bien en una burocracia reconociendo sus jerarquías y prefiriendo el trabajo en equipo. Es decir, se trata de un hombre que tiene empatía positiva cuando coopera con otros colegas, también expertos en cosas relacionadas. El experto asume los objetivos de una organización (el Estado o una empresa) y se identifica con ellos como si fueran propios, esforzándose por instrumentarlos y ponerlos en práctica aplicando al máximo sus aptitudes y conocimientos especializados en el pequeño sector que le cabe la responsabilidad de promover. El experto es, ante todo, un "profesional", que se autoidentifica como tal y que hace de su profesión (y de su estrato profesional) una de sus principales referencias de orientación personal y social.

A la figura del experto, promovida ahora vigorosamente desde los círculos de poder en América Latina, se le opone la del *intelectual*,* a quien se le atribuyen características en gran parte contrastadas. En primer lugar, su imagen va asociada con un categórico rechazo del utili-

* Como ya se habrá advertido la versión del *intelectual* que se toma en cuenta aquí se refiere nada más que al intelectual contestatario, utopista y rebelde. El conformista que se acomoda a la situación, que prefiere ignorar las injusticias sociales y el conservador que adhiere sinceramente al orden social, también podrían ser considerados intelectuales desde alguna perspectiva posible, que no es por cierto la que hemos adoptado aquí. Se acepta que nuestra versión del intelectual pueda no ser compartida —como no lo es efectivamente de acuerdo con varias definiciones corrientes— pero ella enfatiza los aspectos de crítica, oposición y transformación que hay en él, que son precisamente aquellos rasgos que entran en conflicto con la sociedad tecnocrática y que ésta pone en cuestión.

tarismo y pragmatismo cientificista, y de la separación entre política y técnica, y entre orden y cambio, que son los pivotes en torno de los que gira la concepción tecnocrática del experto. El intelectual está comprometido, de manera inseparable, tanto con el conocimiento como con la transformación de la realidad social a la que percibe como una fuente de injusticia para sus valores humanos. Su atención está concentrada principalmente en las contradicciones de la sociedad capitalista a la que una buena porción de los intelectuales latinoamericanos (y no solamente los marxistas) le atribuyen una condición despiadadamente explotadora y destructora de los valores fundamentales de la condición humana. Por eso es por lo que su conocimiento está puesto al servicio de la acción transformadora mediante la problematización continua de esa realidad. Desde luego, esta figura del intelectual privilegia lo político y se preocupa por conocer los modos de articular y activar las fuerzas sociales que existen en estado latente movilizándolo así el potencial transformador de las masas. El intelectual no va a ser necesariamente eliminado de la sociedad tecnocrática, pero sí afirmo que hay fuertes y consistentes tentativas para arrinconarlo y controlarlo, sea burocratizándolo y haciéndolo depender de patrocinadores institucionales bien colocados en el *statu-quo* (sea que se trate de "fundaciones" o instituciones de bien público en los países capitalistas, o sea que se encuentren bajo la dependencia del Partido, en los países socialistas), sea limitando sus posibilidades de supervivencia autónoma o de libertad intelectual en las universidades.

En cuanto al problema del conocimiento de la sociedad, mientras el experto se mantiene dentro de las barreras disciplinarias, el intelectual salta por encima de ellas y tiende a concebir los problemas sociales con un enfoque problemático y comprensivo. Ni se rotula de ninguna manera ni es un profesional, aunque pueda ganarse la vida con lo que hace. Puede ser un intelectual aislado o un hombre de partido; pero, en cualquier caso, se trata de un hombre comprometido con una causa intelectual y política a cuyo servicio pone su conocimiento y sus aptitudes personales.

Se ha dicho que el intelectual posee una visión totalizadora y comprensiva de la realidad: una teoría unificadora que "junta" los elementos parciales y una metodología integradora que se preocupa principalmente por los grandes problemas y procesos sociales e intelectuales. En consecuencia, que considera a las partes como elementos inseparables de estructuras históricamente significativas. En su caso, tienen poca importancia los rasgos de personalidad, y su identificación intelectual es mucho más con el conocimiento de los problemas y con sus consecuencias de acción y menos con el conocimiento disciplinario como un fin en sí mismo.

Desde el punto de vista del conocimiento, la mayor preocupación del intelectual es no perder de vista el panorama más amplio de los grandes

problemas sociales contemporáneos, de sus raíces estructurales y tendencias históricas, de su sentido ético y de sus conexiones con otros problemas. Por eso procura un conocimiento integral, que se encuentre por encima de los compartimientos disciplinarios y de sus límites escolásticos. Aunque se haya formado rigurosamente en alguna de las disciplinas sociales, no se identifica con ninguna de ellas en especial. De esta manera, su perspectiva de trabajo es efectivamente "supradisciplinaria" y acaso por esto mismo su actitud sea más científica porque ya no se trata tanto, como en el caso del generalista, de una integración de personas y disciplinas en torno a problemas prácticos, sino de una tentativa de unificación de los temas que entran en el campo teórico y problemático en que trabaja. Esto no significa que lo logre efectivamente; pero, lo que se destaca es que se coloca en esa línea de preocupaciones. El requisito para alcanzar esta posición de intelectual es recuperar la significación de los valores y de su compromiso con ellos para comprender de nuevo el sentido profundo de los grandes procesos de la vida social.

8. Si estas afirmaciones fueran correctas y reflejaran, siquiera sea aproximadamente y en lo esencial, los cambios y la nueva fisonomía de las sociedades tecnocráticas latinoamericanas en la presente coyuntura histórica, la cuestión fundamental que cabe plantearse en la perspectiva de este trabajo es la de averiguar cuál es el nuevo papel que desempeña la universidad en este contexto social profundamente transformado. Al final de este proceso, si éste se cumpliera inexorablemente, ¿qué quedará de las universidades como centros intelectuales? ¿Podría y puede la universidad volver a ser como en algunos momentos felices de su ya milenaria historia—, un ambiente donde haya un lugar reconocido para la utopía y la fantasía creadora, para el disenso y la crítica a veces despiadada contra los intereses establecidos y la opresión social, un sitio contra los valores e instituciones históricamente periclitados, contra la mediocridad y la inmoralidad?

El moralismo —a veces ideológicamente ingenuo— de algunos movimientos estudiantiles contemporáneos de los países centrales, parece sugerir que la crisis es profunda, tanto que estaría tocando los valores últimos de la cultura occidental. De ahí la extensión y penetración de un cuestionamiento que envuelve los presupuestos básicos, las estructuras de sentimientos y las filosofías de la vida de muchos individuos; que sacude la actividad académica de las universidades y que está provocando transformaciones (o al menos ensayos) en aspectos esenciales de la convivencia humana, (como son las relaciones matrimoniales, familiares, generacionales, etcétera).

Aunque en muchos aspectos, la universidad trascienda esta crisis, está en su centro. En verdad, no ha sido por azar que las primeras manifestaciones exteriores de la crisis hayan tenido lugar de preferencia en las universidades y, más particularmente, entre sus generaciones jóvenes.

Es evidente que no toda crítica es una crisis; pero cuando aquella a) es generalizada y persistente, y b) adopta la forma de una confrontación generacional que divide profundamente a los adolescentes de los adultos que se enfrentan enconadamente a propósito de valores sociales básicos, de ideologías y filosofías de la vida, considero que —con rigor— se puede hablar de una “crisis social” en su sentido más amplio.

La universidad es uno de los más importantes escenarios donde tiene lugar esta confrontación. Por un lado, es uno de los umbrales más significativos para el ingreso al mundo ocupacional de alto nivel y en la actualidad, el paso por ella es un prerequisite indispensable. Por el otro, está la naturaleza siempre fluida y controvertible del conocimiento, cuya importancia social ha crecido considerablemente pero sobre el que ya no existen criterios inmutables de autoridad intelectual. La necesidad de innovar incesantemente para mantenerlo actualizado es continua, así como lo es la de cuestionar y repensar sin pausa las ideas generales y los valores sociales fundamentales, para mantenerlos vivos y operantes. Estos son algunos de los rasgos esenciales de una cultura moderna que no pueden ser desvinculados definitivamente de la universidad porque no deberían ser aislados de la formación de las nuevas generaciones.

La idea de una universidad concebida como “industria” de un conocimiento que se produce en serie (sean “recursos humanos” o técnicas útiles y eficientes), nos parece monstruosa, una verdadera deformación, como lo es también el caso de las universidades arcaicas de tipo profesionalizante, que son todavía muy poco más que mecanismos para la transmisión de conocimientos anticuados (cuando no definitivamente muertos).

Está fuera de duda —al menos para nosotros— que la universidad tiene que responder a los requerimientos de una “sociedad tecnológica” y, hacerlo, además en gran escala, con un flujo continuo de “insumos” para satisfacer la demanda ocupacional y de conocimientos prácticos para la producción económica y la burocracia pública. Sea o no “tecnocrática”, una sociedad moderna necesita imperiosamente de ellos y, por supuesto, de las instituciones que las producen (que aquí definimos como universidades).

Lo que el “proyecto tecnocrático” pone en tela de juicio es: primero, si la universidad debe ser o no algo más que eso; o sea, si la sociedad, además de los “insumos” educativos y científicos requeridos por sus diversos aparatos técnico-burocráticos, necesita de una periódica puesta en cuestión de sus valores y procesos fundamentales. En fin, se trata de saber si el orden social es conciliable con una crítica intelectual a fondo y con una transformación innovadora que acaso tenga que ser revolucionaria, (es decir que pueda exigir un cambio radical en las reglas de juego y en las posiciones recíprocas de los jugadores).

Parece evidente que el desarrollo de la personalidad y los valores humanos no se satisface solamente ni con el aprendizaje de técnicas y habi-

lidades profesionales ni tampoco con una tarea científica puesta al servicio de la producción de un conocimiento utilitario. Si ahora se habla de una "sociedad educativa" y de "educación permanente", los valores adscriptos a estas concepciones no pueden ser meramente los de producir una cohorte de autómatas eficientes (por más "expertos" que sean). También son necesarios otros valores educativos que están más ligados con el desarrollo intelectual de una personalidad humana constructiva y libre.

El problema es, entonces, cómo hacer coexistir bajo el mismo techo al "experto" con el "intelectual"; bajo el mismo techo, o sea, en el seno de la universidad. Sería un error pensar que ambos modelos se basan en principios intelectuales totalmente irreconciliables, en cualquier circunstancia y lugar. Es la "sociedad tecnocrática" la que los ha colocado en posiciones opuestas e irreductibles, en la medida que ha hecho del "experto-especialista" la imagen fundamental y el pivote en torno del que gira su concepción del poder y, en cambio, no tiene lugar ni reconocido ni admitido para el "intelectual", cuya actitud independiente y crítica no es aceptable para la disciplina y el orden tecnocrático, del que hace un *outsider*, un marginal, a veces impertinente cuando no peligroso para el orden social.

La universidad debe recuperar al intelectual haciendo suyo el principio fundamental que lo define, que supone algo de crítica y profecía, realidad y fantasía, y de creatividad no condicionada ni sometida. Si no lo hace —o no lo consigue— estará condenada a ser poco más que una maquinaria burocrática, que significará muy poco para el desarrollo intelectual de la sociedad.

El conocimiento no debe tener fronteras sociales, sobre todo a estos niveles, so pena de agotarse. En las ciencias sociales, el principio de cuestionamiento crítico que está en la base de la condición intelectual puede significar muy a menudo el tener que desafiar a los centros de poder, sus sistemas de dominación, los intereses creados y los valores establecidos, pero esto tiene que ser admitido —y si se quiere estimulado— para que el conocimiento social responda bien a las muy variadas expectativas de los diversos grupos sociales y de las necesidades de la sociedad en su conjunto.

De ninguna manera significa esto que se proponga que los estudios sociales deban formar exclusivamente intelectuales. En este sentido, se afirman dos cosas que no se excluyen: la primera, que un buen especialista conviene que sea también, en algún grado, un intelectual (es decir, que en su limitado campo de trabajo sea capaz de tener en cuenta los esquemas de referencia más amplios que lo vinculan con sectores significativos de la realidad social, que tenga, además, disposición para la crítica y la autocrítica y, no menos que eso, para hacer uso de la fantasía y la prospección; que sea capaz de combinar adecuadamente el realismo con la utopía, el sentido práctico con la sensibilidad social y la

responsabilidad ética); la segunda, que para echar buenas raíces en la tierra es conveniente que el intelectual sea al mismo tiempo especialista en algo; que tenga una base de conocimiento desde la que pueda proyectarse con razonable seguridad pues, sin ella es posible que la fantasía se convirtiera en divagación, y la crítica responsable y bien fundada en diletantismo e improvisación (acaso brillante, pero casi siempre estéril).

9. En la sociedad tecnocrática, ¿podrá sobrevivir el principio intelectual? ¿Cuál es su futuro si persiste y se impone la tendencia actual a restringir la libertad intelectual y a ahogar la crítica radical porque se opone al orden social vigente? Y si estas sombrías posibilidades concretaran y la universidad terminara siendo sólo una fábrica tecnocrática, ¿quién y dónde, en qué instituciones de la sociedad, pensará y elaborará los modos de vida alternativos al estilo tecnocrático? ¿Cuál será la contracultura intelectual? y ¿cuál será, también, su relación con la vida académica? ¿Qué lugar tendrá en ésta el ejercicio de la crítica ideológica y de la fantasía utópica, de la creación e innovación intelectual, cuando su existencia suponga el cuestionamiento de las relaciones de poder y su continuidad requiera la confrontación de bien protegidos intereses y privilegios, en una sociedad donde están resguardados por efectivos mecanismos represores?

Sería fácil contestar a estas preguntas, que resumen nuestras preocupaciones, con unas pocas respuestas, quizá abusando de los lugares comunes y las frases hechas. Se podría decir, por ejemplo, que una sociedad moderna —aunque sea tecnocrática— es suficientemente compleja y pluralista, flexible y no menos contradictoria, como para que pueda coexistir con un monto determinado de crítica intelectual, que los amortiguadores del sistema social podrían absorber sin dificultad para la estabilidad política. A esto se podría agregar que en la sociedad tecnocrática, en algunos de sus muchos rincones, habrá —como ocurrió en el pasado—, un lugar donde sus intelectuales puedan reflexionar; donde puedan fantasear sus escritores y artistas; pero, estos argumentos son obviamente controvertibles, y sobre ellos habría mucho que decir. No es éste el momento de hacerlo, pero, no deseo concluir sin señalar que estos argumentos son, en general, poco aceptables porque no tienen en cuenta una tendencia que consideramos central en la sociedad tecnocrática y que es su disposición a convertirse en una sociedad totalitaria: de un totalitarismo de la era de los electrones y las drogas, que no tendrá que ser tan ostensible como lo fueron el fascismo hitlerista o el stalinismo, pero que no por eso será menos efectivo sino al contrario. Ya no se necesitan grandes campos de concentración para hacer funcionar una sociedad represiva; bastan mecanismos mucho más sutiles, gran parte de los cuales ya están en uso, y otros muchos más serán inventados y —¿por qué no?— utilizados en un futuro próximo.

Contra esto, la única línea de resistencia que queda es la de una conciencia moral basada en una ética de responsabilidad intelectual. La crítica de la situación social es su punto de partida. Sin ella, no habrá ni conciencia moral ni capacidad para entender el mundo y defenderse. La conexión entre la formación de la conciencia moral y la vida intelectual debe ser ahora más estrecha que nunca, y esto requiere una revisión a fondo de nuestras convicciones acerca de la naturaleza del conocimiento social, de las funciones sociales que cumple y de los fines a los que sirven las ciencias sociales y sus portadores humanos.